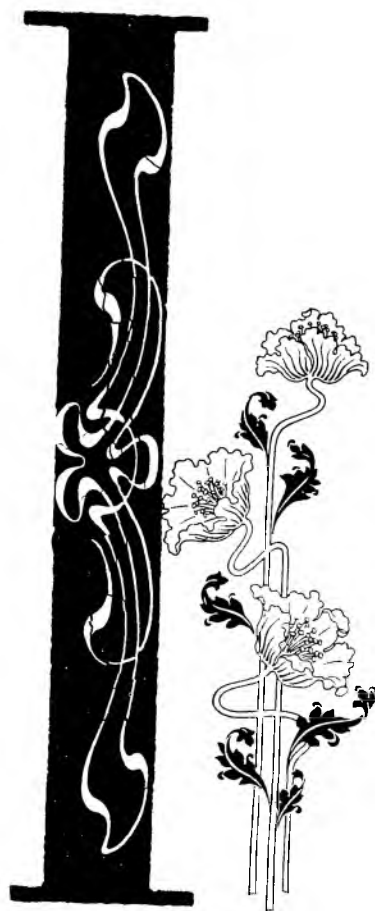


RECOGIMIENTO

A Eladio Cabañero



banos por un camino comarcal, el pequeño coche traqueteaba sobre las profundas costras de lodo seco. Atardecía en una línea azul y lejana, casi blanca, que se confundía con el tapial extendido de bodegas en las lindes de un pueblo. Año de sequía que agrieteaba los bancales de tierras albarizas, labrados de paralelos surcos interminables. Y bajaban, desde la ermita de un pequeño montículo, unas luces, unos cantos, unos rezos que venían de antiguo como los de los ensabanados disciplinantes en la aventura de D. Quijote. Eran los hermanos de Ntra. Sr^a. implorando

la lluvia alma, el don de las lágrimas celestes como las que fluían rígidas sobre el rostro de barniz cuarteado de la enlutada imagen. Pasó la parihuela trágica acristalada de faroles que se encendían en el resol de la tarde, trastabillando en el desigual terreno de las hazas; seguía el duelo interesado de fieles campesinos, agrupados bajo un descompasado pendón con emblema de rojos puñales de bayeta. El vuelo de aquel trapo de sombra oscurecía en el sepia del ocaso el agujero de unas nubes negras, densas como rocas de marga. Quizá traían el pedrisco.

Y un cuclillo misterioso e irónico -y yo me acuerdo de Azorín- uno de esos innumerables cuclillos de la Mancha, nos mira con sus anchos y gualdos ojos.

Pablo GARCIA BAENA